ble poder de perdonar los pecados por medio de tan breves palabras. Inmenso es, en verdad, el amor que nos ha mostrado, poniendo á nuestro alcance este medio facilísimo de reconciliarnos con El; y nos pide por lo mismo, una justa correspondencia, que no ha de consistir en otra cosa sino en que nuestras confesiones produzcan, en cuanto esté de nuestra parte, todo el fruto que desea nuestro divino Redentor. Para lo cual, fuera de las disposiciones arriba explicadas, será muy saludable que, una vez recibida la absolución, hagamos serias y detenidas reflexiones acerca de lo que hemos de hacer y evitar en lo futuro. Durante aquellos preciosos momentos, en que la gracia divina nos inunda con sus fulgores y acrescienta prodigiosamente el vigor de nuestro espíritu, hay que renovar los buenos propósitos, pidiendo con mayores instancias los auxilios del cielo, y animándonos, del modo más eficaz y provechoso, al tremendo combate de la vida cristiana.

# SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA

## I

### Su naturaleza y excelencias

1—Si viéramos que un ilustre y poderoso rey, celebrando suntuosísimo banquete con los grandes de su corte, se acordara de un pobre leproso, y le enviase con los criados algunas escogidas viandas, admiraríamos sin duda tanta bondad y dignación; pero si aquel soberano dispusiera que los más distinguidos príncipes fuesen los encargados de presentar el obsequio, nuestra admiración se acrescentaría de todo punto. Y si el rey mismo tomase los platillos, para llevarlos en persona al tugurio del indigente, y llegado allí, le sirviera como á dueño y señor, ya nos parecería demasiada, é indigna de la majestad, esa inaudita prueba de misericordia sin límites. Pero si dicho monarca no se conten-

tase con eso, y diera al mendigo su sangre toda, para libertarlo de la lepra, no podríamos dar fé á nuestros ojos, y creeríamos soñar si contempláse-mos semejante maravilla.

La fé, sin embargo, nos enseña que Jesucristo ha hecho mucho más por cada uno de nosotros. Aunque todo el tiempo de su vida mortal amó tiernamente á los suyos, y les testificó de mil maneras su profunda abnegación, llegada empero la víspera de su muerte, llevó á cabo el mayor prodigio de su sabiduría y de su omnipotencia. La noche misma en que voluntariamente se iba á poner en manos del odio más cruel é insensato que ha visto el mundo, tomó un poco de pan, lo bendijo, y le dió á sus Apóstoles, diciéndoles: *Tomad y comed, este es mi cuerpo* (Matth. XXVI, 26). Tomó después el caliz, que contenía vino, diciendo: *Bebed, esta es mi sangre* (Ibid., XXVI, 26, 27). Así cumplía, en circunstancias muy solemnes, la promesa contenida en estas palabras que antes había dirigido á las turbas: *Yo soy el pan de vida.... el pan que os daré es mi carne, que debe ser inmolada por la salud del mundo.... mi carne es verdaderamente un alimento y mi sangre es verdaderamente una bebida* (Ioann., VI, 48).

2—Por tanto, la Eucaristía no es un símbolo, ni una figura, ni un recuerdo: es Dios mismo, viviendo en nosotros y para nosotros; es el soberano



Criador del universo, que se oculta bajo las apariencias de pan y de vino, para darse á nosotros, para unirse á nosotros de la mañera más íntima, real y efectiva. Y supuesto que El no hubiere realizado una obra tan estupenda, ¿quién podría siquiera imaginarla? ¿No parece locura, preguntaremos con San Agustín, que nos diga Jesucristo: « para que sepáis cuán sin medida es mi amor, quiero que os alimentéis con mi propia carne y mi propia sangre?».... Por eso, cuando el Señor hizo tan gran promesa, algunos de los que lo escuchaban dijeron escandalizados que este era un lenguaje tan duro que no podían oirlo ni creerlo. Mas, por nuestra parte, digamos, como un gran siervo de Dios: « Si me preguntáis cómo el pan se convierte en el cuerpo y el vino en la sangre de Cristo; cómo se halla el Señor en diversos lugares al mismo tiempo, y cómo las sagradas especies subsisten sin la substancia de pan y de vino, respondo que Dios todo lo puede, y esta contestación me satisface por completo. Pero si me preguntáis cómo ama Dios á tan ingrata y desleal criatura como es el hombre, hasta el extremo de hacerse manjar, para unirse á él, lo único que sé responderos es que hay aquí un exceso de amor nunca oído, que no entiendo ni comprenderé sino en la patria celestial. »

———

## II

### Efectos de la Sagrada Eucaristía

3—Siendo la Sagrada Eucaristía el alimento del alma, debe producir en ella lo que en el cuerpo produce el alimento corporal, á saber: la conservación, el acrescentamiento de la vida, y con ello un especial y legítimo goce.

De suerte que así como los manjares ordinarios son introducidos en el cuerpo para sostén y desarrollo de éste, así también, Jesucristo se digna penetrar en lo más íntimo y profundo del alma, para hacerla vivir con la vida que El ha recibido del Padre, como consta de estas palabras: *El que se alimenta de mí, vivirá por mí* (Ioann., VI, 58); *El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él* (Ioann., VI, 59); *Así como yo vivo por mi Padre, el que me come vivirá por mí* (S. Ioann., VI, 57, 58).

4—Y aunque todo esto se verifica por manera que se escapa á nuestros sentidos, no deja, sin embargo, de manifestarse muy á las claras, pues cada día vemos que cuantos comulgan dignamente, van poco á poco asemejándose al divino Salvador, y bien pudieran exclamar con San Pablo: *no vivo yo, sino que Cristo vive en mí* (Gal. XI, 20). Y es que así como el alma constituye el principio y fundamento de toda actividad en la naturaleza, así tam-



bién, la gracia santificante lo es de todo hábito sobrenatural; en consecuencia, cualquier aumento de gracia santificante producido por la recepción de la Eucaristía, se traduce por un progreso en el camino de la perfección, verificándose así lo que aseguró Jesús á sus fieles discípulos: *He venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia* (Ioann., X, 10).

5—Por último, el alimento de cada día produce en nosotros un goce sensible, por cuanto saciada el hambre, experimentamos el bienestar del cuerpo. Igualmente, el alma piadosa se llena de indecible gozo cuando recibe la Sagrada Eucaristía, porque se calma completamente su hambre y su sed, es decir, el ardiente deseo, la necesidad imperiosa que todos sentimos de unirnos á Dios. Y siendo El la fuente y origen de toda suavidad y dulzura, inunda en torrentes de castas y celestiales delicias á cuantos lo reciben con buenas disposiciones, á no ser que á veces quiera probarlos con la aridez y sequedad de espíritu, en que se acrisola de ordinario la verdadera virtud.

## III

### Disposiciones para la Sagrada Comunión

6—Todo alimento supone la vida en quien lo recibe; por eso la primera de todas las disposiciones

debe ser la gracia santificante, que como queda dicho, constituye el origen y fundamento de la vida del alma. Pero es preciso algo más, tanto por gratitud y por amor, como para no perder los inmensos y especiales beneficios que Dios reserva á quienes comulgan con verdadero espíritu, y esforzándose en hacerse menos indignos de una merced tan soberana.

7—Glorificar á Dios y agradarle, secundando los amorosos designios de su misericordia, tal debe ser la intención que nos anime al participar del banquete eucarístico. De esta suerte, nunca será la rutina, ni la vanidad, ni el respeto humano, ni alguna otra mira avieza, el móvil que nos anime.

8—Al contemplar este inefable misterio, que excede á todas las fuerzas de la humana razón, se impone forzosamente el ejercicio de la fé, y la inteligencia se somete de buen grado á ese yugo, que tanto la dignifica y engrandece. Así pues, el *acto de fé* es una de las principales preparaciones para recibir á Jesucristo.

Por tanto, nos lo representaremos en la última cena, pronunciando sobre el pan y el vino las palabras de la consagración: *Este es mi cuerpo, esta es mi sangre;* y adoraremos ese santísimo cuerpo y esa preciosa sangre, ocultos bajo las sagradas especies. Traigamos después á la memoria que el amoroso Jesús, que tan cerca se halla de nosotros, es el mismo que por nuestro rescate nació entre las



ruinas de un pesebre y murió en un patíbulo, en medio del más terrible abandono y de la más cruel ignominia; el mismo que pasó la mayor parte de su vida en la obscuridad y en la pobreza; el mismo que daba vista á los ciegos, oído á los sordos y sanaba todo género de enfermedades; el mismo que resucitaba á los muertos, perdonaba los pecados y pasaba derramando bienes por todas partes, sufriendo en cambio ya la indiferencia, ya el odio ó el desprecio de los hombres. Por último, consideraremos que es el mismo que va á venir á nosotros, tan insensibles á su infinita ternura, tan ingratos á sus beneficios, tan despreciadores de la divina ley que nos impone para nuestra felidad en este mundo y en el otro; y viene, sin embargo, lleno de benignidad é indulgencia, como padre, como amigo, como médico de nuestras almas.

9—Movidos por estas ú otras semejantes consideraciones, surgen expontáneamente profundos sentimientos de *humildad*, de completa *sumisión*, de filial *confianza*, y se avivan los *deseos* de recibir fervorosamente á Jesucristo; pero sobre todo, el corazón va encendiéndose en aquel fuego de caridad ardientísima, que consume todas las miserias, que acrisola, vivifica y engrandece, transformando hasta los más viles pecadores en fieles y abnegados discípulos del Señor.

Que ese fuego divino crezca más y más, hasta que se apodere por completo del alma, debe ser como el

término á que tienda y se encamine todo lo que hagamos para disponernos á la Sagrada Comunión, porque *el buen Jesús*, dice San Bernardo, *no nos ama tan inmensa y ardorosamente, sino para que le amemos sin medida;* y aunque no necesita de nosotros, ni de los dones que podemos ofrecerle, nos pide, sin embargo, nuestra voluntad, y para ganarla se ha excedido y se excede aún en sus bondades y misericordias.

Pero ¡cuán detestablemente correspondemos á ellas! Oigamos lo que El mismo decía á su amada sierva la B. Margarita de Alacoque: « He aquí este Corazón, tan abrazado de amor á los hombres, que no omitió cosa alguna para declararles su infinito anhelo, hasta agotar y consumir del todo sus fuerzas. Pero la mayor parte de los cristianos no sólo no se muestran agradecidos, sino que me desprecian y me hieren en este misterio de amor, con injurias y afrentas; y el más amargo de mis dolores es, que padezco estas injurias y ultrajes aun de los que me están especialmente consagrados. »

Por más que lo ponderásemos, sería imposible adquirir una exacta idea de esas penalidades íntimas, por decirlo así, á que se refiere nuestro adorable Redentor; pero algo de ellas podemos imaginar reflexionando un poco sobre nosotros mismos. En efecto, ¡qué tristeza tan profunda se apodera de nosotros cuando se nos mira con indiferencia! ¡qué



amarga hiel gustamos, si se corresponde con desdenes á los excesos de nuestra ternura! ¡Qué pena nos causa que no acierten á comprendernos, y que más de una vez nos censuren precisamente por aquello que merece aplausos! ¡Qué desconsuelo, qué frío se apodera del corazón, cuando un día y otro conocemos que no se toman en cuenta nuestros sacrificios, y que la única recompensa que obtenemos es el olvido profundo!....

¿Qué sentiría, pues, el dulcísimo Jesús, tan abrazado de amor que vino á la tierra para llenarla con sus beneficios, y se vió siempre desconocido y ultrajado? ¿Qué sufriría todo el tiempo que vivió con gentes de corto entendimiento, ingratas y mezquinas? ¿Cuánto tendría que padecer en silencio con la torpe rudeza de los apóstoles y discípulos y la mala intención de sus perseguidores?

« ¡Qué bien entenderíamos todo esto recordando que es el hombre más perfecto, y que tiene un corazón más tierno, más sensible que todos los hombres. Mirémosle á la vista de Jerusalén, derramando ardientes lágrimas cuando esclamaba: «¡Jerusalén, Jerusalén! ¡Cuántas veces quise reunir á tus hijos como junta la gallina sus polluelos, y tú lo has rehusado!» Veámosle, después que curó á los leprosos, preguntando al único que le daba las gracias: « ¿Dónde están tus compañeros? » Considerémosle sobre todo en el Huerto de las Olivas,

quejándose á sus discípulos porque no habían podido velar con él. En esa tristísima noche todas las humanas miserias se habían reunido para atormentarlo: ante sus ojos aparecían las ofensas que había de recibir en el trascurso de los siglos, no sólo de los que le odian, sino aun de los que se dicen sus amigos; padecía horriblemente viendo las ingratitudes de las almas predilectas, que trocadas en implacables enemigos, le harían traidora guerra; sufría con los dolores de sus siervos, con los tormentos de sus mártires, con las luchas de sus confesores, con las batallas continuas que sus amantes fervorosos sostendrían contra el mundo, el demonio y la sensualidad; sufría finalmente porque veía lo infructuoso que iban á ser para muchos sus atroces padecimientos y su muerte afrentosa. »

Jesús nos amaba entonces con ternura inmensa, y nos ama lo mismo todavía; por eso nos perdona millares de veces y solicita nuestro corazón, cual si nunca le hubiésemos ofendido. No desea precisamente arranques sensibles de ternura, ni suspiros, ni lágrimas; sino la voluntad franca y sincera de amarlo sobre todas las cosas, de pertenecerle en absoluto, y tan sólo por sus infinitas perfecciones. Voluntad que abraza dos cosas: por lo pasado, una detestación siempre viva de nuestras culpas; y en cuanto á lo venidero, un propósito firme, inquebrantable, de permanecer en su servicio mientras



duren las amarguras del tiempo, para que podamos reinar algún día con El en las eternas moradas de su gloria.

## IV

### Obligación de comulgar

10—No hay cosa que más claramente nos descubra la criminal indiferencia á que nos hemos referido, como el habitual abandono de la Sagrada Comunión. Sabiendo que Jesucristo se ha quedado con nosotros para hacer menos penosa nuestra peregrinación sobre la tierra, parecería inútil alguna ley que nos obligase á recibirlo. ¿No buscamos en todo nuestras propias conveniencias? Pero ¡oh ceguedad increíble! A pesar de las tiernas insinuaciones, de los repetidos llamamientos del buen Jesús, á pesar de las maternales instancias y aun del terminante precepto de la Iglesia, inmenso es el número de cristianos que pasan la mayor parte de su vida lejos, muy lejos de la Sagrada Mesa, donde hallarían la paz, el consuelo y la esperanza, que buscan en vano, corriendo en pos de amargos deleites y detestables quimeras.

11—Reflexionemos muy detenidamente sobre ese proceder tan indigno, para que no lo sigamos jamás; y no olvidemos que sin la recepción de la Sagrada Eucaristía, es imposible la vida espiritual,

según estas palabras del Divino Maestro: *En verdad, en verdad os digo, que si no comieréis la carne del Hijo del hombre, ni bebieréis su sangre, no tendréis vida en vosotros* (Ioann., VI, 54).

## V

### Preparación próxima

12—Se llama así la que de modo más inmediato precede á la Sagrada Comunión; y consiste en dejar, hasta donde podamos, todos los asuntos y negocios temporales, para que sea mayor el recogimiento de espíritu, y libres ya de inquietudes y preocupaciones, consideremos madura y detenidamente los más poderosos motivos que reaviven nuestra fé, que acrescienten nuestra esperanza y nos inflamen más y más en el amor á Jesucristo.

De ello dependerá, en gran parte, el fruto que saquemos; pero si nuestras ocupaciones y género de vida no lo permitieren en alguna ocasión, sigamos la práctica que Santa María Magdalena de Pazzis aconsejó muchas veces á sus religiosas. « Si queréis prepararos muy santamente, les decía, ofreced á Jesús, con esta intención, todas las acciones del día, con espíritu de amor y reconocimiento, y deseando agradarle en todo. Además, entre vuestros ordinarios quehaceres, pensad con frecuencia en la acción á que os disponéis, sin disputa la más grande que podéis realizar sobre la tierra. »



13—Como antes queda indicado, hay un excelente medio para que nuestra preparación merezca todo el beneplácito de Jesucristo: ocurrir, humilde y confiadamente, á la protección de su Madre Santísima, que es, en todas circunstancias, el único camino que á El nos conduce. A la augusta dispensadora de las gracias y mercedes celestiales se ha encomendado también la mayor de todas, el don por excelencia; de sus manos, pues, recibimos á Jesús, *(nobis natus, nobis datus ex intacta Virgine*, como canta la Iglesia); y á ella corresponde moverlo á misericordia, para que aparte su santísimo rostro de nuestros pecados, para que no nos recompense según nuestras iniquidades, y acepte benigno la tibia y vacilante llama de nuestro amor.

No dudemos un punto de que si María intercede por nosotros, (y lo ha de hacer sin duda cuando la invoquemos sinceramente), su santísimo Hijo no encontrará en la pobre morada de nuestro corazón cosa alguna desagradable á sus divinos ojos.

14—Además, al unirnos con el buen Jesús, nada más justo que procuremos también la unión más estrecha con su Madre Santísima. Desde que El expiraba en la cumbre del Gólgota, encomendándole la humanidad entera, María no ha cesado de ejercer, con cada uno de nosotros, los oficios de asidua, tierna y bondadosa Madre. Por ella al-

canzamos el don preciosísimo de la fé, la remisión de nuestras culpas, y otros benificios innumerables que cada día nos concede el Señor, y cuya magnitud no hemos de conocer sino en la patria celestial.

Para mostrarle, pues, nuestro agradecimiento, y para ser menos indignos de sus bondades, cumplamos para con ella los deberes de verdaderos hijos, procurando siempre honrarla, servirla y hacer en todo su voluntad, que no es otra sino la de Dios.

Valgámonos confiadamente de ella para impetrar la gracia de una buena vida y de una muerte santa. Incontestables hechos nos demuestran que hasta una breve oración, por ejemplo el *Avemaría,* recitada con esas intenciones, ha bastado á muchos para librarse de las horrorosas penas del infierno. Y es bien sabido que la devoción fervorosa y constante á la Santísima Virgen, es signo y prenda segura de salvación eterna.